



JOSÉ MANUEL GÓMEZ VEGA

El palimpsesto



JOSÉ MANUEL GÓMEZ VEGA

El palimpsesto



El palimpsesto

José Manuel Gómez Vega

Este relato ha obtenido el Primer Premio en el I Certamen "Literatura y biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2014, por la Dirección General de Bellas Artes, del Libro y de Archivos de la Comunidad de Madrid.

«En una biblioteca estamos rodeados de miles de buenos
amigos,
convertidos en papel por obra de un mago»
-Ralph Waldo Emerson

PRIMERA PARTE

Empecé a preocuparme por mi amiga el día que irrumpió en la cafetería de la facultad megáfono en mano anunciando la inminente llegada del fin del mundo. Cuando apareció la policía, la alteración del orden público consistía en la algarabía de estudiantes que empezamos por querer separarla de una oronda camarera y acabamos a mamporros entre todos.

Abandonó la cárcel (así se refirió a las dos horas que pasó en comisaría) charlando animadamente con su contrincante. «*A mellor centolla é para ti!*», le repetía la camarera con la cabeza metida por la ventanilla del Ford Fiesta en que acudí a recogerla.

Media hora más tarde, en su ático de Lavapiés y con un filete sobre el ojo, mi amiga me contó una historia rocambolesca. Me dijo que mientras rodaba por el suelo abrazada a aquel portento de la naturaleza, en el preciso instante en que su cabeza golpeaba una enorme latilla de chicharros, había experimentado un retortijón muy extraño en la coronilla, una especie de fogonazo cerebral en el que vio con todo lujo de detalles una escena bien curiosa: la visita de un rey a una biblioteca universitaria.

- Debo encontrar ese libro -dijo levantando el filete del ojo medio cerrado y cardenalicio-. Contiene la clave que me elevará, ¿lo entiendes ahora?

- ¿Que te elevará?

- Sí, hombre, que me llevará a lo alto... que me hará rica, digo yo.

Traté de que entrase en razón:

- A ver, ¿y no será todo este asunto otra cosa que un mal golpe?

- Rodando por el suelo en feroz lucha por salvar la vida, una no puede dedicar su tiempo a imaginaciones insustanciales...

- Yo no digo que fuesen imaginaciones -la interrumpí- sino, quizá, una alucinación, que es algo muy diferente...

- ¡Si sabré yo lo que fue! ¿O acaso eras tú quien bailaba agarrado a la gallega?

Ciertamente, la opinión de una misma revolcándose por los suelos puede resultar más fiable que la de un amigo propenso al escepticismo. La evocadora visión de señores circunspectos agasajando entre libros a un monarca decimonónico la obsesionaba. Estanterías repletas de volúmenes con lomos de cuero repujados en oro se mezclaban en aquel chispazo de su coronilla con escabeches, colillas, sobrecitos de azúcar vacíos y sudor de gallega oronda.

Tras una noche de café e internet acotamos los candidatos a dos. El primero pudo ser Amadeo I de Saboya durante su visita a la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense. La crónica de una fecha de 1871 decía: «Detúvose, al parecer con verdadera complacencia, en la Biblioteca del Departamento, cuyos empleados, los Señores Canal, Alarcón y Cano le pusieron de manifiesto los índices y catálogos, y llamaron su atención hacia varias preciosidades bibliográficas, entre ellas una magnífica edición incunable de Avicena y un calendario impreso del siglo XV ilustrado con grabados en madera, del mayor interés, por tanto, para la historia del arte». El segundo pudo ser Alfonso XII en su visita a la entonces Universidad Central de Madrid el 22 de mayo de 1875. La reseña decía así: «El director de la Biblioteca, don José Oliver y Hurtado, y el encargado de la sección de Derecho, don Antonio Campesino, le muestran a su majestad la *Biblia Políglota Complutense*, y el precioso manuscrito en pergamino, folio imperial, escrito a dos columnas en la segunda mitad del siglo XIII, que contiene *Los cuatro libros de las estrellas* y otras obras».

He de reconocer que los detalles que me había contado mi amiga se ajustaban de manera tan asombrosa a dichas historias que mi rostro debía mostrar el mismo grado de pasmo que el de ella de audacia. Conociéndola como la conozco, no podía tratarse de una

broma, por otro lado de dudoso mal gusto e incomprensible propósito.

Meses más tarde nos encontramos a mi amiga recorriendo el campus en una furgoneta DKW, reconvertida en defensora a ultranza de la vida de antaño, vendiendo hortalizas que le proporcionan unos melendos que trabajan un solar abandonado, muergo que le consigue la camarera gallega, rocas con poderes para sanar diversas dolencias, desde la impotencia al mal de ojo pasando por la acidez de estómago, u organizando visitas guiadas a El Retiro para realizar viajes astrales. Garantiza la curación del estreñimiento mediante la ingestión de una hierba que a todas luces parece helecho pero que ella afirma ser cardo santo, aunque le quita importancia al asunto porque, en su opinión, tan importante o más que la hierba en sí misma es la salida helíaca de alguna estrella y los mantras recitados durante su preparación. También lleva una silla plegable de masajes en la que realiza friegas de cebolla y ajo contra el mal aliento; «el fuego se combate con fuego», dice que es el principio subyacente, uno de los muchos que descubrió en el libro de Avicena. Porque, tras la investigación *in situ* en las bibliotecas, me aseguró que la convulsión cerebral atañía al rey Amadeo I y a la Biblioteca de la Facultad de Medicina de la Complutense.

Mi amiga también pregonaba haber descubierto el remedio contra el mal de amores: el paciente ha de visitar el templo egipcio de Debod y, tras rezar veintiuna avemarías frente a las arcadas, ha de abrir un misal con la mano izquierda y leer un párrafo al azar. La curación, según mi amiga, está contenida en el mensaje leído; pero, en el hipotético caso de que no resulte demasiado claro, ella se ha especializado en su interpretación y en el tipo de hierbas más indicadas. Cuánto aprendió de Avicena y cuánto añadió de su propia cosecha es algo en lo que prefiero no indagar (aunque sorprende que varios desahuciados confesos reconocieran éxitos impensables tras someterse al extravagante procedimiento).

A su puesto acudían estudiantes inconformistas y hasta algún profesor de incógnito; los segundos porque -según mi amiga-

advertían en sus prácticas costumbres que los retrotraían a sus infancias pueblerinas, mientras que entre los primeros abundaban aquéllos con una vena espiritual bastarda, tanto a la búsqueda de elixires de amor como de levadura de cerveza, tan interesados en los efectos psicotrópicos como en el proceso de arrastre de las heces por el intestino grueso. Los viernes por la noche, media hora antes de bajar el portalón de la furgoneta, mi amiga impartía charlas en las que mezclaba remedios naturales con la mística, aderezadas con anécdotas personales de sus viajes por los Altos de Chinchilla. Y solía despedirse con alguna recomendación o tarea a realizar durante el fin de semana, como meditar mirando hacia la puesta de sol o defecar en cuclillas.

No obstante, a menudo se quejaba de que algo no le cuadraba, de que así no iba a resultar tan sencillo elevarse como se lo había pintado la premonición. Mi amiga comenzó a pasar más y más tiempo en las bibliotecas, consultando tomos vetustos y rellenando cuadernos con anotaciones extrañas. Un día la encontré alteradísima, a las afueras de la Biblioteca de Medicina. Me dijo que había descubierto que el libro que buscaba no era el de Avicena, que éste tan sólo contenía la clave que conducía al verdadero. Imaginando que se trataba de otro de sus preocupantes desvaríos, traté de cambiar de tema y la invité a comer en la cafetería. Pero fracasé miserablemente. Mi amiga mezclaba con fruición los macarrones con alquimia, la pechuga empanada con antiguos pergaminos, y las natillas con portulanos. Tras los enrevesados y oscuros razonamientos que salían entre sus boceras de tomate frito, la pobre concluyó con que debíamos visitar Toledo.

- ¿Me acompañarás, verdad? Te aseguro que de ésta me elevo.

No sé si mi amiga resolvió acertijo alguno, o si la visita a la Biblioteca de Castilla-La Mancha sirvió para dar con la última pista como me aseguró, el caso es que acabamos aparcando la DKW frente a Santa María de Bonaval, un monasterio medieval abandonado de la provincia de Guadalajara.

- Es una locura- repetía yo.

- El palimpsesto está ahí- repetía ella.

Para entonces ya me había explicado que el libro que buscábamos era un palimpsesto, un manuscrito al que le borraron el texto original para aprovechar el pergamino y escribir sobre él de nuevo. Según mi amiga, el libro de marras contenía unos anodinos salmos sobre una obra todavía legible del mayor genio de la antigüedad. E insistía, con su proverbial apasionamiento, que gracias al palimpsesto se elevaría.

Qué quieren que les diga, a mí todo el asunto de su dichosa elevación me parecía de un absurdo rayano con la demencia. En fin, que si no fuera por nuestra amistad... me hubiese perdido uno de los momentos más genuinamente excitantes de mi vida. Porque justo donde me pidió que la ayudara a levantar unas losas del suelo apareció un cofrecito herrumbroso con un libro en su interior. ¿Se imaginan sus gritos? ¿Y mi expresión?

Les obviaré los detalles por los que supimos que, efectivamente, se trataba del palimpsesto profetizado, y pasaremos por alto los que precedieron a su sorpresiva irrupción en una sala de subastas de Christie's. Lo único destacable de todas esas diligencias es que un buen día mi amiga amaneció millonaria.

Pero la historia de su elevación no acaba ahí, como verán.

SEGUNDA PARTE

La tarde del 29 de octubre de 1998, Simon Finch seguramente la recuerde como una de las más complicadas de su carrera, porque entonces tuvo que sudar hasta el último dólar de los dos millones con los que contaba para poder adquirir una presa codiciada por muchos. El susodicho era un profesional de las subastas especializado en incunables y libros raros, los más valiosos y deseados por coleccionistas pudientes. Dicen que todavía puede rememorar la sensación de alivio que experimentó cuando, a las dos de la tarde, tras el familiar y más que nunca tranquilizador golpe del macito del subastador, llamó por teléfono a su cliente. «Lo tenemos», dijo, y al otro lado colgaron.

Simon Finch abandonó la sala Christie's de Nueva York convencido de que la rubia de la última fila que había provocado aquella puja de vértigo pertenecía a algún organismo israelí. Los días previos a la subasta, el Patriarcado de Jerusalén trató de evitarla a toda costa, alegando que el libro era de origen sefardí y les había sido robado, pero en un pasado tan lejano que ningún tribunal moderno podía ya tomar cartas en el asunto.

Mientras cruzaban Norteamérica en un jet privado, alguien de la tripulación filtró haber visto al cliente pasando con delicadeza las apergaminadas hojas de piel de oveja de su última adquisición: *El palimpsesto de Arquímedes*.

El misterioso cliente sostenía el libro más valioso de su biblioteca, la mayor del mundo y creciendo día a día a ritmo vertiginoso. Pero hasta que no llegase a Seattle y se lo entregase a los expertos no sabría si, debajo de los salmos que cruzaban perpendicularmente el deslucido texto original, encontraría lo que buscaba. De entre los tratados que contenía el libro, en realidad a él sólo le interesaba uno: *El método de los teoremas mecánicos*, en el que el genio siciliano explica el proceso seguido para demostrar sus enunciados, un método geométrico-matemático denominado exhaustivo (o por agotamiento) porque el grado de precisión aumenta a medida que el cálculo avanza. El cliente sabía que, en

EL método, Arquímedes calcula la longitud de una circunferencia inscribiendo y circunscribiendo polígonos regulares de modo que, al aumentar el número de lados, las figuras tienden a la forma de la circunferencia. Pero, si la información obtenida a partir de una filtración del *Mossad* era fiable, *El método* contenía mucho más que una estimación precisa del número π .

Con antelación a la subasta, el cliente había reunido un equipo multidisciplinar liderado por un joven matemático de origen indio, el mejor de la última promoción de la Universidad de Berkeley. Al cabo de una semana de someter al palimpsesto a las más avanzadas técnicas radiográficas, el joven indio comunicó que habían dado con *El método*, y con tres páginas adicionales muy especiales, curiosamente teñidas de un tono azulado. El joven le explicó al cliente que en esas páginas Arquímedes se adelanta a Newton y Leibniz en la formulación del cálculo diferencial e integral, que postula una definición del límite que antecede a Bolzano, Cauchy y Weirstrass, y que incluso preconiza la suma de Riemann. Pero es que las matemáticas de Arquímedes no se detenían ahí, en esas páginas azuladas el siciliano había avanzado su método general exhaustivo hasta formular un cálculo desconocido y revolucionario.

Según cuentan, ése fue el instante en que uno de los ingenieros del equipo, visiblemente emocionado, exclamó: «¡Servirá para nuestro proyecto!».

Tres meses más tarde, el cliente vuela de nuevo a la costa este para entregar el palimpsesto -junto a una generosa donación- a la Biblioteca Universitaria Walters de Baltimore, para que lo estudien y traten de restaurar allí. El cliente atraviesa la columnata del palacio de estilo genovés renacentista, asciende las escaleras de mármol y entrega el códice al decano en el interior de un maletín acolchado, pero lo que nunca le dirá es que le faltan las tres páginas azuladas.

EPÍLOGO

El 22 de junio de 2007, la revista alemana *Der Spiegel* revela el nombre del misterioso cliente de Simon Finch: Jeff Bezos. Muchos de ustedes ya sabrán que este personaje es el fundador y presidente de Amazon, la mayor tienda de libros del mundo, pero lo que seguramente ignoran es que, al año siguiente de adquirir *El palimpsesto de Arquímedes*, fundó otra compañía: Blue Origin (Origen Azul). En palabras de su fundador: «El objetivo de Blue Origin es permitir que cualquiera pueda elevarse al espacio, como concepto matemático y sideral».

En agosto de 2013, Blue Origin presenta a la NASA una oferta de arrendamiento de su Complejo de Lanzamiento 39A situado en el Centro Espacial Kennedy de Florida, para desde allí poder lanzar sus cohetes. ¿Adivinan quién figura la primera en la lista de espera?